

Por una evangelización liberadora de la cultura

Pablo Richard

Introducción

La cultura es un tema del cual mucho se habla y pocos saben realmente de que se trata. Es un tema normalmente trabajado desde una perspectiva tan abstracta, universal y superestructural, que queda en la ambigüedad y sirve para todo y para nada. Otros utilizan el tema de la cultura, para evitar hablar de la estructura; es decir, buscan un tema culturista neutro, para evitar entrar en los temas socio-políticos. Lo cultural aparece así como alternativa a lo político.

Las dificultades anteriores, sin embargo, no deben confundirnos. El tema de la cultura es un tema central para entender la realidad latinoamericana, y sobretodo, para elaborar una estrategia de transformación en nuestro continente y de evangelización. Cuando se habla de "evangelización de la cultura", igualmente se multiplican las confusiones y ambigüedades, pero también debemos decir que éste es un tema radical y muy significativo para el futuro de la Iglesia latino-americana.

En este pequeño artículo abordamos tres temas: algunos elementos para definir la cultura en general; cuál es el radical substrato de nuestra cultura latino-americana; y finalmente, dos principios hermenéuticos para encontrar el camino de una evangelización liberadora.

1. Algunos elementos para definir la cultura

a) Cultura como concepto total, global e integral

La definición tradicional de cultura se refiere al cómo los hombres se relacionan con la naturaleza, con sus semejantes y con Dios para llegar a la plena humanidad (cfr. G.S. 53). Ya en esta definición aparece el carácter global de la cultura: incluye la dimensión ecológica-económica (relación hombre-naturaleza), la dimensión sociológica (relación hombre-hombre) y la dimensión teológica (relación hombre-Dios).

El Documento preparatorio para la reunión del CELAM de Santo Domingo 1992 (DPSPD) también dice acertadamente: “evangelizar la cultura no es para eludir los problemas económico-político-sociales, sino para remediarlos en su raíz” (DPSPD 414).

Realmente así es: plantear lo cultural es ir a la raíz de todos los problemas.

Siempre la cultura es tratada como una dimensión de la super-estructura. Quizás esto sea cierto para la cultura dominante.

Pero la cultura popular está intimamente relacionada con la infra-estructura. Una vez escuché esta definición a un indígena guatemalteco: “para nosotros la cultura es la agricultura”; con lo cual se expresaba muy bien la relación muy significativa entre cultura y tierra.

b) Sujeto de la cultura

Toda la cultura tiene un sujeto histórico completo. La cultura no es una tradición, un bien o un objeto abstracto.

La cultura es siempre la conciencia colectiva de un sujeto, la identidad social de un pueblo, nación o grupo. La cultura es lo que identifica a un sujeto y lo distingue de otros. Ahora bien, todo sujeto tiene una práctica social, tiene una historia, una cosmovisión, un proyecto histórico, una conciencia social; tiene además necesidades básicas: tierra, trabajo, casa, alimentación, salud, educación, medio ambiente, fiesta. Por lo tanto, si hablamos de la cultura de un pueblo determinado, no podemos prescindir de su historia, de sus luchas, de sus proyectos históricos. Toda cultura tiene práctica, conciencia y teoría. Toda cultura tiene casa, salud, tierra, trabajo, etc... No podemos hablar de las culturas de la América Latina de hoy como si habláramos de las culturas

hitita, babilónica o persa. Como culturas abstractas, desnudas, neutras, sin relacionarlas con sujetos históricos vivientes.

Cuando descubrimos el sujeto de las culturas, descubrimos también la función histórica de las mismas. La cultura es lo que permite vivir a un pueblo, lo que le permite resistir y luchar. Muchos pueblos indígenas o pueblos afro-americanos logran hoy día una calidad de vida, en medio de su pobreza económica y social. Viven con mucha paz, sin violencia, con dignidad, con solidaridad, con un espíritu comunitario, con gran unidad familiar y una participación y educación muy desarrolladas. Son pueblos pobres, pero de mucha cultura y es su cultura la que les permite ir elevando su calidad de vida.

c) Cultura y conflicto

Muchas veces se piensa que el campo cultural es pacífico, comparado con el campo socio-político que es conflictivo y violento. También el campo cultural es conflictivo, sobre todo si consideramos las culturas en su concreción histórica y como culturas de sujetos históricos determinados. Lo primero que podemos constatar es que existe en América Latina una cultura dominante y una cultura popular. Que hay una verdadera agresión contra las culturas populares y especialmente contra las culturas indígenas y afro-americanas. La cultura dominante, especialmente la cultura del Imperio, es una cultura individualista, espiritualista y consumista. Nuestros pueblos resisten desarrollando el sentido de la comunidad, de la naturaleza y del cuerpo, contra las culturas individualistas y espiritualistas que destruyen la comunidad, la naturaleza y el cuerpo. Desarrollamos una cultura del ser contra una cultura del tener; una cultura del servicio contra una cultura del dominio. Los pueblos indígenas resisten al imperio conservando y desarrollando sus propias culturas. Podemos hablar hoy día de una auténtica guerra cultural, que no es una guerra superestructural, sino una guerra donde se juega la vida y la muerte de nuestros pueblos. El DPSD habla también de una cultura de la riqueza y otra de la pobreza (421). También se habla extensamente de la cultura secularista que amenaza y agrede nuestra identidad cultural (424-471).

2. ¿Existe una cultura latino-americana?

Muchos defienden con tanta fuerza la pluralidad de culturas en América Latina, que niegan su unidad cultural; incluso consideran peligroso hablar de una cultura latino-americana. Yo pienso que hoy en día hay un cierto consenso en aceptar la pluralidad de culturas en nuestro continente. Lo que se discute es si hay o no un elemento unificador que permita identificar culturalmente este continente y diferenciarlo de otros. La tesis conservadora tradicional ha insistido en el carácter occidental y cristiano de nuestra cultura latino-americana; muchos incluso insisten en el distintivo hispánico de nuestra identidad o, más ampliamente, en su carácter latino (frente a lo anglo-sajón). Esta tesis tradicional se refleja en la designación de nuestro continente como hispano-américa o latinoamérica. No cabe duda que esta concepción es esencialmente colonialista. Se valora positivamente el “descubrimiento” de América por parte de España o Portugal y su posterior colonización, desconociéndose toda la identidad cultural anterior a la “civilización” hispánica-lusitana; en su versión más mitigada, esta corriente habla de “encuentros” de culturas.

Una versión teológica de esta tesis conservadora es la que busca la unidad cultural de nuestro continente en la evangelización, la que habría creado “nuestro radical substrato católico”, raíz de la unidad espiritual y cultural de América Latina. En el documento de Puebla ya había aparecido esta tesis: “con diferencias y a pesar del pecado siempre presente, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en la matriz cultural del continente, de la cual nacieron los nuevos pueblos” (Puebla 445 y DPSD 830, cfr también 833).

No cabe duda que la evangelización y la fe cristiana ha marcado profundamente nuestra identidad y que esa marca subsiste profundamente en la llamada religiosidad popular o catolicismo popular. Pero no podemos hacer de ese “radical substrato católico” el principio unificador de nuestra identidad cultural. En esta línea difícilmente podemos escapar a la interpretación tradicional colonialista de nuestra identidad cultural. Sin negar el influjo profundo de la fe y de la evangelización, debemos buscar nuevos caminos para definir nuestra identidad cultural.

La raíz profunda de nuestra identidad cultural hay que buscarla antes de 1492. No podemos pasar por alto varios miles de años de historia anterior a

la conquista. Nuestra identidad cultural está ciertamente en nuestra historia, nuestra raíz y tronco indígena. Es evidente que hubo muchas y diferentes culturas indígenas antes de 1492, algunas dominantes y otras dominadas, pero es esta perspectiva desde el indio y antes de la colonización lo que unifica e identifica nuestra identidad más profunda. Ciertamente no podemos retroceder al período anterior a la conquista, tampoco podemos ignorar voluntarísticamente 500 años de colonización y evangelización, pero sí podemos mantener la perspectiva desde el indio y antes de la conquista como criterio o punto de vista radical para discernir la historia posterior.

La raíz indígena de nuestra identidad no está reñida con un juicio y con un discernimiento crítico de lo que fue la evangelización. Ciertamente en ella hubo elementos negativos, pero también positivos. Desde nuestro radical substrato indígena, podemos hacer dicho discernimiento. Para esto habría que empezar discerniendo la tradición religiosa popular, puesto que ella misma ya hace este discernimiento crítico de la evangelización, y es el pueblo mismo el que lo hace. La religiosidad popular misma discierne, a veces con profundidad teológica, entre los valores del evangelio y el demonio de la dominación. Lo positivo de la evangelización también está presente en la fe cristiana auténtica de la mayoría de nuestros pueblos indígenas; fe cristiana que de ningún modo niega o subvaloriza su radical substrato indígena. Las grandes movilizaciones indígenas de la actualidad están ciertamente inspiradas en la cultura indígena, pero también los mueve su fe cristiana y su comprensión liberadora del Evangelio. Soy testigo del influjo altamente positivo de la Teología de la liberación en muchos pueblos indígenas; esto sería imposible, si no reconociéramos un influjo también liberador en los 500 años de evangelización. Hay una apropiación positiva y liberadora del Evangelio desde las raíces indígenas y desde las identidades indígenas de nuestro continente. Un indigenismo radical, que rechazara en bloque la evangelización y los 500 años de cristianismo, además de ser irreal y anti-histórico, nos llevaría a despojar a los pueblos indígenas de todos aquellos elementos liberadores que durante siglos ellos mismos han ido discerniendo en la evangelización.

Además de nuestro radical substrato indígena, evangelizado por el potencial evangelizador del mismo pueblo indígena y que sobrevive vitalmente en la religiosidad popular, también se enraizaron en nuestra tierra las culturas africanas. Fruto de la colonización y del esclavismo, nació en nuestro radical

substrato la nueva raíz de las culturas africanas. No podemos desarrollar aquí la importancia decisiva de estas culturas, no solo para los pueblos afro-americanos, sino para la totalidad de nuestro continente. Pero no cabe duda que en la raíz de nuestra identidad está ciertamente Africa, con toda su cultura y su dolor.

Pero también se enraizaron, en nuestro radical substrato indígena, las culturas de muchos otros pueblos, en su gran mayoría latinos. No todo lo que trajeron los españoles y portugueses fue colonialista. A pesar de la conquista y contra ella, también se desarrollaron valores hispanos y latinos positivos en nuestra tradición radicalmente indígena. Posteriormente también se enraizaron en nuestra identidad las culturas de tantos pueblos que inmigraron a nuestro continente. Muchas veces eran pueblos pobres y oprimidos, que huían a nuestras tierras en búsqueda de libertad y que traían tradiciones culturales liberadoras. No incluyo aquí a todos aquellos inmigrantes que llegaron a dominar y a explotar, sino a las migraciones que podríamos llamar “culturales”, que ciertamente enriquecieron nuestra tradición indo-afro-latino americana.

3. Hacia una evangelización liberadora

El tema es muy amplio. Yo quisiera proponer solamente aquí dos principios hermenéuticos para iniciar este proceso de evangelización liberadora, especialmente entre los pueblos indígenas.

Primer principio: Dios escribió dos libros: el libro de la vida y la Biblia. La Biblia, segundo libro de Dios, fue escrita para ayudarnos a descifrar el primer libro de Dios, el libro de la vida. La Biblia fue escrita para devolvernos la mirada de fe sobre el mundo y transformar toda la realidad en una gran revelación de Dios. En nuestro caso concreto decimos que el primer libro de Dios es el cosmos, la vida y la cultura de los pueblos indígenas. Ahí es donde Dios se ha revelado primero. Ese es el primer libro de Dios. La Biblia es el instrumento para discernir la Palabra de Dios en ese primer libro. Como evangelizadores cristianos, nosotros ofrecemos la Biblia para dicho fin. Si la Biblia es útil para este discernimiento, entonces nosotros podemos entregarles la Biblia. Pero si la Biblia, segundo libro de Dios, no les sirve para leer la Revelación de Dios en el primer libro de Dios, que es la vida y la cultura indígena, entonces ellos podrán rechazar la Biblia y nosotros tendríamos seriamente que revisar nuestro método de evangelización.

Segundo principio: Si los indígenas aceptan recibir la Biblia como instrumento de discernimiento de la palabra de Dios en su propia vida y cultura indígena, entonces se hace necesario que ellos mismos sean los sujetos de la interpretación de la Biblia. Ellos mismos, con su cultura y tradición, tienen que apropiarse de la Biblia y de su interpretación. El primer principio hermenéutico quedaría escamoteado, si somos nosotros los que imponemos una determinada interpretación bíblica. Nuestra tarea tiene que ser únicamente la de facilitar el texto de la Biblia, la historia del texto, la tradición de su interpretación y crear el contexto eclesial, comunitario y de fe, necesario para leer e interpretar la Biblia.

Pero los sujetos reales y auténticos del proceso hermenéutico tienen que ser ellos mismos.

Tengo que dar testimonio que en varios talleres de evangelización con pueblos indígenas he utilizado radicalmente estos dos principios hermenéuticos y que el resultado ha sido más que bueno. El reconocer la historia, cultura y religión indígena como el primer libro de Dios, ha reforzado el interés por su propia cultura y la búsqueda de Dios en su propia tradición. A partir de aquí, la apropiación de la Biblia, hecha por ellos mismos y desde su cultura, se ha revelado como un instrumento con una fuerza espiritual y crítica altamente eficaz en la búsqueda de la Palabra de Dios.

Desde su cultura, el pueblo indígena entiende mejor la Biblia y desde la Biblia, entiende también mejor su tradición indígena. La evangelización se da así en un diálogo enriquecedor entre los dos libros escritos por el mismo Dios.

Es una evangelización liberadora de la cultura y tradición indígena, pero también una evangelización liberadora del cristianismo y liberadora de la misma Biblia, interpretada tradicionalmente por la cultura e ideología occidental dominante.

(De la revista SENDEROS -Apartado 74, 2050 San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica, C.A.- N°38, Marzo 1991 pp.28-34)

"En esta Carta Pastoral, muy personal además, quiero compartir con ustedes varios acontecimientos muy importantes en mi vida, y creo que por consiguiente, también importantes para la vida de la Iglesia de Tarahumara. No es pues una carta magisterial, sino fraternal, de su hermano que desea compartir su experiencia de Dios con sus hermanos en la fe.

Quiero pues, compartir con ustedes, antes que nada, la experiencia de Dios, que fuera para mí esta enfermedad que el Señor me envió: el cáncer. Quiero comunicarles las reflexiones que todos estos hechos provocaron en mí, y que creo que me acercaron notablemente al Señor. Y, por último, lo que pienso que a través de estos hechos nuestro Padre Dios me está diciendo a mí, y a través de mí a ustedes en la Iglesia de Tarahumara. (...)

Fue para mí como una luz nueva para ver con ojos nuevos mi actitud (y también nuestra actitud como Iglesia) y nuestra entrega al trabajo por el Reino. De lo que hablamos tanto y tantas veces hacemos tan poco. Veo que tenemos que vivir más plenamente, con más generosidad y entrega, nuestra opción por los pobres, nuestra opción por las culturas, nuestro trabajo por una Iglesia autóctona, donde el laico indígena, el pobre, el marginado de veras vaya siendo miembro activo de esta Iglesia.

Y que no debemos pensar que tenemos todo el tiempo del mundo para ir realizando este trabajo por el Reino. A lo mejor el Señor nos llama cuando menos lo pensamos. Y hay que dejar este trabajo, o casi terminado o muy bien consolidado. Es decir, una Iglesia unida, bien comprometida, donde todos nos apoyemos uno a otros, donde el amor y la entrega al trabajo por el Reino estén sobre nuestras pequeñeces y divisiones. Debemos unirnos y apoyarnos en esta entrega ...

MONS. JOSE ALBERTO LLAGUNO FARIAS, Obispo del Vicariato de la TARAHUMARA, fallecido el 26 de febrero de 1992.